

NECROLOGÍA DE UN PROTOTIPO

BENITO PÉREZ GALDÓS

canarias eBook



La ciudad
de
Galdós

EDICIÓN ESPECIAL I CENTENARIO



canarias eBook



BENITO PÉREZ GALDÓS

NECROLOGÍA DE UN PROTOTIPO

EDICIÓN ESPECIAL I CENTENARIO GALDOSIANO

Canarias.
la tierra de Galdós



Centenario de
**Benito
Pérez
Galdós** 2020



Ayuntamiento
de Las Palmas
de Gran Canaria



Cabildo de
Gran Canaria



Gobierno de Canarias
Viceministerio de Cultura
y Patrimonio Cultural

CRÉDITOS

1ª edición, DICIEMBRE de 2019

© de los textos: Benito Pérez Galdós

© de la ilustración de cubierta: CanariaseBook

© de esta edición: CanariaseBook / Cam-PDS Editores SL

© del ebook: CanariaseBook / Cam-PDS Editores SL

ISBN: Edición no venal

Revisión de ortografía y estilo: CanariaseBook / Cam-PDS Editores SL

Traducción al inglés: Sergio Rodríguez Medina

Edición de CanariaseBook / Cam-PDS Editores SL

C/ Domingo J. Navarro, 23

35002 • Las Palmas de Gran Canaria

Tfno.: 928 054 344 • Móvil: 695 571 983

ediciones@canariasebook.com

CONTENIDO

Créditos

Contenido

Necrología de un prototipo

I

II

III

IV

V

VI

VII

The necrology of a prototype

I

II

III

IV

V

VI

VII

Gentileza

NECROLOGÍA DE UN PROTOTIPO

I

Vosotros, ciudadanos graves, le conocíais muy bien. Cuando los negocios públicos os permitían algún reposo, cuando la ventilación de las cuestiones nacionales y europeas daba paz y desahogo a vuestros espíritus inquietos, solíais ir a la catedral con el santo fin de oír, ver u oler alguna misa; y entonces veíais al prototipo cuya desaparición deploramos. Vosotras, jóvenes amables, le conocíais también. Cuando gozosas y vivarachas penetrabais en la capilla de Santa Teresa para rezar un poco de letanía con toda la vista clavada en la santa y las tres cuartas partes del corazón fijas en vuestros novios, veíais al personaje, tipo, anomalía, aberración, cuya desaparición deplorarían los gabinetes zoológicos y anatómicos si aquí los hubiera.

Recordad bien los fenómenos acústicos que manifestaban la presencia de este proto-singular. Esta manifestación acústica era más determinada y característica que la visión misma. Oigámosle antes de verle: prefiramos el rumor a la forma. Hay seres que rechazan lo pintoresco. Hay fisonomías morales y físicas que no pueden ser abarcadas por el compás ni simuladas por el pincel: un diapasón les conviene más. Nuestro prototipo pertenecía a esta clase. Era un individuo cuya apreciación correspondía al oído. Su fisonomía auditiva era un rezo, una tos y un arrastrar de suelas de tan especial timbre que cualquier músico realista hubiera sacado de él una combinación instrumental. Cuando rezaba, su voz semejante a un eco subterráneo llenaba el ámbito inmenso de la catedral. El espacio que rodea las diez columnas ondeaba sonoro al influjo de aquella vibración: las treinta y una bóvedas respondían unísonas a aquel recitativo cantado en tesitura tan profunda. De repente tose... Parece que un trueno estalla en el templo. Todo el granito se estremece. Si las catedrales toseran, ¡qué demonio!, toserían de aquella manera.

Veámosle ahora. Era aquel bulto que en la oscuridad de una capilla se distinguía, ya en pie y encorvado, ya de rodillas e inmóvil. Cuando las miradas del espectador se acostumbraban a la oscuridad, podía verse que de sus hombros pendía una luenga capa negra que en ambos costados tenía los mismos pliegues y las mismas ondulaciones. Parecía que aquellos dos trozos de capa eran dos tremendas alas, y que de repente iba a volar como un hipogrifo. ¡Cuán grave y sombrío y terrible!

Pero ¿las sombras y soledad del recinto no le dan tal vez ese aspecto siniestro y medroso? Quizá fuera de aquí sería una risueña y amable figura más propia para inspirar regocijo que pavora. Reparen ustedes en que este templo y este hombre son cosas que no pueden separarse tan fácilmente como una cabeza y un sombrero. La naturaleza hizo afines entonces la carne y la piedra, el pajarraco y el recinto. Caja musical muy bien construida en este último, pero hubiera permanecido sorda y sin vida si no hubiera tenido su tímpano sonoro. ¿Conciben ustedes una campana sin lengua?

Hay individualidades agregadas de tal modo a los monumentos que parecen una parte indispensable de los mismos. El hombre de los rezos era una especie de excrescencia: parecía que se había criado como un líquen en las piedras del edificio. De seguro un naturalista le hubiera echado el lente creyéndole una magnífica estalagmita. ¡Quién averigua el génesis misterioso de aquel hisopo adherido a una grieta, de aquel parásito desarrollado sobre una losa! Su organismo por el aspecto y el zumbido es de zángano. ¿Se incubarían las bóvedas en un lento trabajo de generación ovípara? Pero dejemos el origen y vengamos a la cosa ¡Qué feo era! Su piel semejaba al forro de un *Decretalium thesaurus* mil veces leído: los huesos de la cara pugnaban por salir a pública luz, la barba, que daba muestras de afeitarse en los días de solemnidad, estaba compuesta de una treintena de pelos, situados a tiro de ballesta, y tan rígidos y blancos como menudos filamentos de vidrio. Sus ojos (¡gran Dios, qué ojos!) eran perennes manantiales de cinabrio diluido, y su boca, cerrada siempre al paso de las aves nocturnas, se componía de dos grandes y flojas protuberancias de carne que, si no hicieran allí el papel de labios, creeríamos eran dos chuletas colgadas a la intemperie como en las manufacturas de tasajo. ¡Qué cosa tan fea, Dios mío! Su cuerpo... pero aquello no era cuerpo. Figuraos una capa con espinazo y extremidades, una capa que se yergue y se inclina como remedando el movimiento de una máquina muscular. Su cuerpo no era otra cosa. Pudiera creerse que bajo el paño secular había hasta una libra de carne; pero lo cierto es que había en cartílagos, tendones y huesos como unos veinte kilogramos. Por debajo del fleco que los años habían hecho en la túnica asomaban dos navíos portugueses en forma de zapatos con tantas troneras o remiendos que hubiera sido difícil imaginar su primitiva configuración. En el banco próximo estaba el sombrero, aditamento de aquel aditamento, excrescencia de aquella excrescencia. Esta prenda hubiera sido un documento arqueológico si las infinitas abolladuras y diversas capas de materias combustibles que le adornaban hubieran permitido a un anticuario adivinar el modelado primitivo. El tiempo, ustedes lo saben, convierte el capitel en adoquín y la cariátide en guarda-cantón: el tiempo había convertido en turbante (no es exageración) el mueble que el año 22, en tiempo de Angulema y de Riego, tenía todas las apariencias de sombrero. Investigaciones detenidas habían aclarado, no su forma, sí su fecha, que era poco menos que antediluviana. Este sombrero fue sin duda uno de aquellos que a consecuencia de cierto naufragio arribaron a las playas de Gran Canaria. Tal vez lo recibió el protofeo de manos de alguno de aquellos marineros que inmortalizó uno de nuestros más esclarecidos poetas.

*Y fue tal cuchipanda
que hasta los marineros
se robaban los sombreros
que andaban de banda a banda.*

El que se hubiera asomado al cráter de este sombrero hubiera visto un pañuelo encarnado, negro, verde y de otros colores del tamaño de un pabellón nacional. Dos o tres veces al día este pañuelo se desplegaba y acto continuo, ¡prum!, resonaba un trueno nasal y la gran masa del templo vibraba obedeciendo a la convulsión de aquella nariz ciclópea. Si las catedrales se sonaran (permitid esta hipótesis de mal gusto), se habían de sonar así.

III

¡Qué feo era! Sin embargo, sus ojos clavados en la bóveda brillaban con luz divina. Indudablemente, sus miradas al traspasar la bóveda escudriñaban en lo profundo de los cielos los misterios de la bienaventuranza y de la gloria, sus labios de corcho al balbucear una plegaria sostienen misteriosos diálogos con algún ángel mensajero solo visible para él. ¿Qué importa la deformidad del pescuezo, la aspereza de la piel, la destilación de los ojos, la verruga hiperbólica de la nariz? Esa estrellita de luz divina que baila en su mirada parece que espiritualiza al asceta mugriento y haraposos como un sacristán de aldea, arrugado y amarillo como un infolio. El éxtasis diviniza al penitente. ¡Rivera ha embellecido tantos Esopos! Mirad cuán bello está (no es paradoja) el hombre de la capa inmóvil, petrificado por la contemplación. Todas las feas partes de su rostro, de su cuerpo y de su vestimenta se manifiestan en graciosos contornos; la armonía reina en ellas; el color se acomoda a la idea; el fondo añade vigor y claridad al tono; la capa determina el claroscuro; los zapatos tienen los toques confusos del buen detalle; el resplandor de la calva es aureola. ¡Soberana y magistral creación! Miradle bien. Su espíritu está en comunicación directa con Dios. El cielo está abierto ante él: ve los siete círculos donde se asientan falanges de potestades; ve el trono que sostiene tres hiladas de dominaciones; oye la armonía de arpas y violines que tañen querubes musicantes. ¡Qué bello es!

Sí, ¡qué bello era!... Pero ya no existe, señores. Está allá, más arriba de toda esta maquinaria. Agitó las grandes alas de su capa y cruzó el espacio como un animal apocalíptico. Hoy la catedral está sorda: le falta su tímpano sonoro.

Aquel hombre (no se rían ustedes) era el elemento musical de este templo. Poco importa que el cincel del arquitecto labre aquí bóvedas suntuosas, poco importa que el arte plástico quiera hacer más comprensible la grandeza por la magnitud de la forma. Es verdad que la belleza del estilo predispone al sentimiento a sus deleites espirituales; pero la fantasía exige más arte: es necesario un lenguaje más elocuente y vivo que el lenguaje mudo de la piedra, más inmaterial y expresivo que esos signos resplandecientes que traza la luz exterior sobre el ramaje de la arquitectura. Para la gran obra del arrobamiento general; para que la mente cristiana salga de quicio es indispensable la ayuda de un arte que no es el arte de la piedra ni el arte espectral de los vidrios de colores. Allá a espaldas del coro se eleva el más enorme instrumento músico que han inventado los hombres. Un complicado sistema intestinal lo compone: cada intestino es una nota, cada serie de tubos un tono. Sus voces son la del violín, la del oboe, la del arpa, la del gallo, la del ruiseñor, la del pavo. Suena, muge, canta, trina, ronca, ensordece y calla. Todos los sonidos que en la naturaleza existen, ya en estado primitivo, ya en estado de cultura, están allí archivados y clasificados. El teclado es el índice, y aquel individuo que sentado en una banquetta recorre con ágiles dedos las teclas de marfil es el que tiene el secreto de ese Dédalo monstruoso, catálogo razonado de los ruidos. Pero el órgano no suena: veo una gran máquina y un manipulador; veo la linterna y a maese Ginesillo; pero aquí falta algo. Pues es claro: falta lo principal, Eolo; falta la luz a esta linterna de hermosas figuras; falta el elemento de vida, la primera materia de esta portentosa elaboración musical. El hombre de la capa se acerca, llega y exclama: *fiat* armonía...

De repente Favonio, Aquilón y Noto se precipitan en los ramificados conductos de aquel laberinto; y la maquinaria toda, vivificada por el soplo divino, lanza sus cien voces; conmuévase el recinto sagrado y el alma cristiana, rotas las materiales ataduras, se eleva estática hasta Dios. Junto a la elocuencia majestuosa de un órgano, ¿la voz de un Padre Santo no es desabrido lenguaje? Ahí tenéis el lenguaje de la religión, señores retóricos: dejad la pluma dogmática en el tintero, aljibe de silogismos, y prestad atención. Este órgano habla como el apóstol, como el profeta, como el misionero; como el mártir, como el doctrino. Él dice más que cuanto han escrito plumas sagradas desde el Evangelio al canon, desde el dogma a la liturgia. Resuena como las tropas de Jericó, como las arpas de David, como el clavicordio de Santa Cecilia. Remeda la voz de Gabriel, la de la pitonisa de Endor y la de la burra de Balaam.

¿Y esta melodía portentosa de tonalidades y timbres infinitos de dónde proviene? El órgano en su construcción no es más que una bella teoría, el pianista es un prestidigitador; uno y otro son dos curiosos ejemplares mecánicos. El alma de tan divinas armonías no es aquí ni el instrumento, ni el músico. ¡Oh!, ¡qué sería el conductor metálico sin potencia eléctrica!... ¡qué será el cuerpo humano sin aliento vital!... Figuraos el más ingenioso caleidoscopio sin luz. Concibe si puedes el arte sin naturaleza. ¿Qué sería el órgano sin viento? El hombre de la capa, el liquen, el papamoscas, Eolo es el alma de esta música, es el elemento musical de este templo.

Ved en su rostro la sacra inspiración de Paganini. Con mano trémula pulsa la delicada palanca del fuelle; y la agita con esa convulsión, síntoma del consorcio que en los momentos de entusiasmo se establece entre el instrumento y el artista; entre tanto, por efecto de la combustión interna que el genio alimenta, de los poros del prototipo brotan tremendas gotas de sudor que van a fecundar los abonados campos de su camisa. ¡Qué bello está! El instrumento y él son una misma cosa: una sola vida les anima, el viento; un solo pulmón les alienta, el fuelle. Respiran unísonos: las arterias sonoras del uno se unen a los nervios excitados del otro, y de este himeneo de un santo y un cajón, de un estafermo y una corriente atmosférica, resulta la más maravillosa sinfonía que han sentido oídos humanos. Aquel cuerpo mitad de carne y mitad de palo ofrece —¡quién lo diría!— abundantes secreciones de armonía y torrentes de sudor copioso.

«Qué bien hemos tocado hoy», dice, y baja del coro y se va a su capilla y se coloca en su plinto grave (inventemos una palabra) petrificadamente, como la estatua de Ulloa después de cenar con don Juan. Llega la noche y aquella gran capa se postra, rechinan los zapatos y se siente... (¡qué miedo!)... un golpe seco y cadencioso como el de una mano descomunal que, uniendo en punta agudísima los duros dedos, hiere un pecho de gigante. Estos pequés hacen el efecto de los golpes de socavación subterránea. Cualquiera pensaría, al oír cómo se apedrea el pecho el nuevo Jerónimo, que bajo el piso hay catacumbas, y que allá abajo la piqueta del catecúmeno abre la fosa del mártir.

Pero el éxtasis tiene que concluir porque el sacristán repiquetea con las llaves y cerrojos de las grandes puertas. El Santo, ¡oh, portento!, sale arrastrándose: al pasar el umbral se acomoda en el sombrero, se persigna diecinueve veces, se envuelve en la capa y echa a andar hacia su garito. Ya le tenemos hecho hombre. Podemos seguirle sin miedo; ya no es santo ni papamoscas, ni estatua, ni elemento, ni Eolo, ni nada de eso; es un pobre diablo, un ser inofensivo, uno de esos entes desgraciados que viven en la poblaciones para servir de solaz de los chicos y de estorbo a los mayores. Sigámosle.

Suenan las campanas de oraciones... plan... plan... Nuestro hombre amaina la capa y arría el sombrero, pero no se detiene. Junto a él pasan descubiertos también dos pacíficos ciudadanos que vienen del muelle, de la carretera del Puerto o de otro agradable paseo; pasan parejas y más parejas de gente conocida... Ahora dos curas, dos canónigos, o un canónigo y un cura juntamente: después un oidor y un canónigo; más tarde un quídam y un oidor... Poco después una dama y un hermanito; enseguida una abuela remolcada por su nieto... Y pasan, pasan, pasan, como los pajarracos marinos de don Ramón Campoamor. El pobre diablo no repara en nada de esto: poco le importa la vuelta de los paseantes. Tampoco vuelve la vista para mirar el coche que, a todo escape y rechinando cual estrepitosa desgranadora, pasa también viniendo de Tafira o de El Monte; tampoco se fija en los alegres grupos de damas que van al baño con la correspondiente moza a retaguardia, adornada con una cesta o peineta monumental, donde van los aprestos y comestibles anexos al baño. El desgraciado no se fija en nada de esto: impórtansele una higa los curiosos accidentes pintorescos que caracterizan y representan la fisonomía crepuscular de esta población. Él sigue su marcha acelerada y sin tropiezos. ¿Adónde va? A su chiribitil. Confúndese en la penumbra y desaparece al través de una pared, como dice Fernández y González en todos los primeros capítulos de sus novelas. No penetremos nosotros; seamos pudorosos y quedémonos en la puerta, no profanemos el hogar sagrado. ¿Qué pasará allí dentro? Probablemente la capa dará a luz el cuerpo del protofeo; rodará de banda a banda el sombrero, el pañuelo dará cuarenta y ocho vueltas tapando la cabeza, y poco a poco tirará a la mar aquellas prendas de vestir más exteriores, quedándose con otras que le son inherentes y complementarias como la piel. Concluido el desparejo, cogerá unas disciplinas y poniendo en descubierta las espaldas se disciplinará a compás y con método desde el occipucio hasta el coxis, acompañando los golpes con todos los *pater noster* y avemarías que a tan espiritual tarea son indispensables. Después se dormirá y a la mañana siguiente...

Una mañana, señores, los vecinos notan que la puerta del chiribitil no se abre, el espantajo no ha salido. Tocan y nadie responde: no se oyen ni golpes de pecho ni de flagelaciones. Abren al fin y... (desastroso y fúnebre espectáculo) encuentran el pañuelo, el sombrero, la capa, los zapatos y entre estas prendas... no encontraron nada. Había volado de un soplo supremo hacia las regiones de la bienaventuranza. Este hombre tenía afinidad con el aire. Hay individualidades, dice Lamennais, que tienen afinidad con el mar y se arrojan a él: de aquí los suicidios y el vértigo. Este proto-... tenía afinidad con el aire y se evaporó. No es extraño: era la personificación de un fuelle.

VII

La catedral está manca: esta es la palabra, manca. Le falta un miembro, una parte, un adorno si se quiere: pero un adorno necesario y característico. ¿No estaría manca la catedral de Burgos sin papamoscas?, ¿no estaría manca la estatua de Mercurio sin caduceo? Pero si le falta al edificio este detalle pintoresco, más ha perdido en el concepto acústico. La catedral ha perdido su tímpano sonoro. Falta allí el rumor obligado de los templos, ese ruido que parte de un devoto incrustado en una columna, de un semisanto o semiloco esculpido en un zócalo. Todos los templos tienen su ruido; perenne cuerda que vibra a todas horas una misma letanía; gota sempiterna de llanto que cae siempre sobre una misma losa (perdonad la imagen); chirrido estridente de un zapato de pie tullido que se arrastra siempre en un mismo camino. La catedral ha perdido su rumor. Aquel diapasón con capa se cansó de habitar en el mundo; aquel fuelle incansable aspiró al cielo y se sopló a sí mismo.

Por las noches (esto no puede acabarse sin un epílogo plástico terrorífico) a la hora en que... (cómo decirlo...) a la hora en que los búhos... (así va bien) surgen con siniestro vuelo... (perfectamente) de entre las tumbas; a la hora en que reina el silencio en la catedral y las sombras envuelven el ancho recinto, se ve (el sacristán me lo ha dicho) vagar un fantasma por las capillas: se arrodilla, murmura una plegaria, una salmodia, un réquiem (¡qué miedo!). Después de recorrer toda la catedral sube al coro; se le ve empuñar la palanca del órgano; la mueve con afán, con ímpetu, con entusiasmo. De la voluminosa caja que el espectro anima salen millares de sonidos; pero señores, no se asombren ustedes, son sonidos que no suenan, son espectros de sonido, música celestial, señores míos. Con ella he hecho este artículo que es... el espectro de un artículo.

Las Palmas, 29 de noviembre de 1866.

THE NECROLOGY OF A PROTOTYPE

I

You, honourable citizens, knew him very well. When you could afford to get a break from work, when you finished addressing national and European issues, when you were determined to give your unsettled souls a rest, you used to gather in the cathedral with the holy intention of celebrating a mass, or at least hear or smell some of it from the distance. It was then that you stared at the prototype, whose absence we mourn. You, kind young ladies, knew him very well too. When you penetrated into the chapel of St. Teresa joyfully and jauntily to pray some litany, your gaze fixed on her and your mind on your boyfriends, you could also see the figure, the individual, the anomaly, the aberration, whose loss would be grieved by every zoological and anatomical association if we had any such thing here.

Keep the memory of the acoustic phenomena that manifested the presence of this prototype. These acoustic reverberations were far more precise and perceptive than eyesight itself. Let's hear him before we see him; we should choose murmurs over forms. Some creatures go beyond picturesque expressions. Some moral and physical physiognomies cannot be registered by the rhythm, nor can they be captured by any paintbrush. A tuning fork would be their right instrument. Our prototype proves this theory, for he was a creature whose presence could only be noticed through auditory perception. Its hearing physiognomy was a prayer, a cough or a shuffle that had such a special timbre that any practical musician would have turned it into a piece of music. When he prayed, his voice sounded similar to an underground echo that spread through the vast interior of the cathedral. This vibration reverberated across the space surrounding the ten pillars. The thirty-one vaults echoed in unison with that recitative sound, which was sang in deep tessitura. Then he coughed; a cough that sounded like the burst of a thunder inside the cathedral. The granite walls shuddered. If cathedrals coughed, oh, they would cough like that!

Let's observe him now. He was a moving shape that could be recognized in the darkness of a chapel and was either standing on his feet—which stood out its hump—or on his knees, motionless. When the eyes of the spectator got used to the darkness, you could see a long black cloak trailing from his shoulders, the same folds and waves on each side. It seemed as if the sides of the cloak were two impressive outspread wings, ready to fly away like a hippogriff. How gorgeous, and sombre, and frightening!

But is it not true that the silence and the shadows of this sacred enclosure lend a sinister and fearful cast to this creature? He might be cheerful and kind out of doors; maybe he would inspire respect rather than instil fear. Nonetheless, you should consider that this temple and this man are not as easily separable as a head and a hat. Here nature created the flesh and the stone—or the bird and the cage—similarly; a cage reminiscent of an excellent music box that would have turned deaf and lifeless if it were not for its sonorous kettledrum. Is it possible to conceive a bell without its clapper?

Monuments are usually embellished with singular additions that soon become inextricable parts of them. This devout man was somehow an excrescence. He was like the lichen that had grown over the surface of the building; even a naturalist would have mistaken him for some peculiar stalagmite. Who could have been able to study the mysterious genesis of that hyssop growing in a crevice, or the birth of that parasite growing on the slabs of stone? From his appearance and buzzing we could infer that his organism is similar to that of a drone. Did the vaults incubate through a tedious process of oviparous reproduction?

But let us disregard his origin and focus on his appearance instead. How ugly! His skin resembled the lining of a *Decretalium thesaurum* that has been read a hundred times. The protruding bones of his face strived to come out. His beard, which was probably shaved only during festivities, consisted of about thirty whiskers, as stiff and white as slivers of glass. His eyes (oh Lord, his eyes!) were perennial springs of diluted cinnabar, and his mouth, always shut during the flight of night birds, was made up of two thick, loose, protruding pieces of flesh. If we had not known they were lips, we would have thought some manufacturer was drying two beefsteaks in the open. Gosh, how ugly! His body... No, that was not a body. Imagine a cloak with a spine and extremities; a cloak which straightens and leans, mimicking the movements of a muscular machine. His body was nothing but that, indeed. One could assume that there was at least a pound of flesh concealed underneath his clothing, but in fact his cartilages, tendons and bones barely accounted for twenty kilograms. His shoes peeped under the frayed costume and looked like two Portuguese ships; they had so many portholes or patches that it would be challenging to picture their original form. The hat lay on a nearby bench; the complement of that complement, the excrescence of that excrescence. This piece of clothing would be regarded as of archaeological interest if an antiquarian were able to guess the original model despite its countless dents and layers of combustible material that served as embellishments. As you may know, time turns the capital of a column into cobblestone, and caryatids into kerbstone. Time has converted the furniture that had once looked like a hat during the times of Angulema and Riego into a turban (this is not an exaggeration). Thorough researches could not determine its original shape, but did reveal the manufacturing date, which is nothing short of antediluvian. It was certainly one of those hats that drifted towards the coastlines of Gran Canaria due to shipwrecks. Maybe a sailor handed it to the creature; a fact which can be deduced from the verses that one of our most distinguished poets once immortalized:

*The celebration was such
that the sailors
even mistook their own hats for someone else's
These hats went to and fro*

If you observed this hat from the edge of its crater, you would see a handkerchief the size of a national pavilion and decorated with red, black and green, among other colours. The handkerchief was unfolded twice or thrice a day, and then, boom! A nasal thunderclap resounded and the massive structure of the temple vibrated in response to the tremor of that gigantic nose. If cathedrals blew their noses (please excuse this tasteless hypothesis), they would do it like that.

III

He was so ugly! However, his eyes gleamed with divine light when he kept them fixed on the high vaults. Without any doubt, his gaze went beyond the vaults and scrutinized the deep heavens, high up in the sky, and longed for unlocking the mysteries of bliss and prosperity. While uttering unintelligible prayers, its cork-like lips conversed with some messenger angel only visible to him. Who cares about his deformed neck, his rough skin, his mucous eyes, or the hyperbolic wart on his nose? That sparkly divine light dancing in his eyes could very well spiritualize a tattered and filthy ascetic and turn him into a sexton from a small village, as wrinkled and yellow as a folio. The penitent is divinized by the ecstasy. Rivera has graced so many Esopos! The man with the motionless cloak looks gorgeous (this is not a paradox). The contemplation petrified him. Every hideous feature in his face, body and clothes showed fanciful patterns. Now his features were harmonious, colours were changing, the background lent an air of vigour and light to the colours, the cloak determined the chiaroscuro, the shoes looked unusually impressive, and a radiant aureole encircled his bald head. What a graceful and masterful creation! Observe him carefully. His spirit is in direct communion with God. The gates of heaven are open up to him. He sees the seven circles where phalanges of powers stand. He sees the throne with three rows of dominions. He hears the harmony of harps and violins played by musical cherubs. He is so beautiful!

He *was* beautiful, indeed! But he no longer exists, folks. He is somewhere above all this machinery. He flapped the cloak that served as long wings and flied above the clouds and the sky like an apocalyptic animal. The cathedral is now deaf: its eardrum (or sonorous kettledrum, if you will) is missing.

That man (do not dare to laugh) was the musical instrument of this temple. It is of no importance whether the chisel of the architect shapes pompous vaults or plastic arts display impressive and gigantic forms in the cathedral. Although beauty is, indeed, a predisposition to spirituality, our imagination goes beyond art. We need a more vivid and eloquent language than the silent language of stone; more spiritual and expressive than the bright beams of daylight projected in the different architectural features. In order to fall into a collective trance, and for our Christian souls to broaden our horizons, we really need the assistance of another type of art different from architectural art or the art of colourful lights transmitted through stained glass windows. The greatest musical instrument that has ever been invented stands behind the choir and consists of a complex intestinal tract: every intestine is a note and each group of them is a tone. Their voices are emitted by violins, oboes, harps, roosters, nightingales and turkeys. It rings, roars, sings, trills, snores, deafens, and then goes quiet. Every sound in nature you can think of is already filed and classified there, either in its original or unconventional state. The keyboard is the index and the musician on the bench who touches the ivory keys with their nimble fingers finds their way through that monstrous maze; the reasoned catalogue of noises. But the organ does not play. I see the machine and the machinist. I see the magic lantern and Ginesillo. But something is missing. Oh, of course! We need the lantern that projects beautiful shapes, the essential element, and the composition of this glorious piece of music. The man with the cloak comes closer, arrives and finally yells *fiat armonia*.

Suddenly, Favonius, Aquilo and Notus rushed into the ramified parts of that labyrinth. The divine gust of wind brought life to the machinery, which raised a hundred voices at a time. The tremor shook the sacred enclosure. The Christian soul freed itself from material bonds and ascended to heaven, static. Is it not true that the voice of the Holy Father is nothing else than a dull chatter compared to the majestic eloquence of an organ? There you have the language of religion, rhetorical enthusiasts. Put the dogmatic quill back into the inkwell, which is a tank of syllogisms, and pay attention. This organ talks like the apostle, the prophet, the missionary, the martyr and the doctrine. He says more than what has been written by the holy quills, from the Gospels to the Biblical canon, from the dogma to the liturgy. The organ resounds like the trumpets in Jericho, the harps of David, and the harpsichord of Saint Cecilia. It copies the voice of Gabriel, the voice of the pythoness of Eudoros and the voice of the ass of Balaam.

But where does this portentous melody of countless tonalities and timbres come from? The construction of the organ is nothing but a nice theory, and the pianist is a prestidigitator. Both are singular mechanic specimens separately. Here the soul of such divine harmonies is neither the instrument nor the musician. Oh, what would a conductive material be without electric energy! What would a human body be without vital breath! Imagine the most ingenious kaleidoscope without light. Try to conceive —if you actually can— the idea of art without nature. What would become of the organ without wind? The man of the cloak, the lichen, the simpleton, Eolus, is the soul of this music; he is the true musical element of this temple.

Watch the sacred inspiration of Paganini in his face. He operates the delicate bellows with his tremulous hand, which shakes because of such convulsion; a symptom of the connection between the instrument and the artist during the sudden displays of excitement. Meanwhile, as a result of the internal combustion that the talented prototype fuels unceasingly, his pores filter thick beads of sweat that fertilize the land of his shirt. He is so beautiful! The instrument and he is the same thing. They actually live for the exact same thing: the wind. They share the same lung: the bellows. They breathe in unison. Their noisy arteries and growing excitement are connected. It is from this marriage between a saint and a piece of wood, or between a fool and a current of air, that the most marvellous symphony humans have ever heard results. That body, half flesh and half wood, releases abundant secretions of harmony and copious torrents of sweat. Who would have told this!

“We have played beautifully today”, he remarked. Then, he descended the choir, entered his chapel and stood on a heavy plinth... *petrifically* (let’s invent a new word), like the statue of Ulloa after having dinner with Don Juan. When the night came, that long cloak prostrated itself, the shoes creaking. Then there was the sound of a sharp and rhythmical bang (it was so scary!), as if the hard fingertips of a huge hand were beating a giant’s chest. It was a slight flagellation that begged forgiveness. These blows seemed to excavate his soul and undermine him. If you had heard the sound the new Jerome made when he tapped on his own chest, you would have inferred that there were catacombs under the floor and that there below the pickaxe of the catechumen could dig the grave of the martyr.

But the ecstasy was interrupted; the clanking noise of keys and the sound of bolts being slid open were a sign that the sacristan was approaching, so the Saint began to crawl towards the threshold. Oh, how marvellous! He stepped across the threshold adjusting his hat and crossed himself nineteen times. Then he wrapped himself up in his cloak and headed towards his den. He has turned into a man. Now we can follow him closely, for he is no longer a saint, a simpleton, a statue, an element, or Eolus. He is no longer any of those things; he is a poor devil, a harmless creature, one of those unhappy beings who live in towns and serve either as a recreation for the young or as a nuisance for the elders. Let’s follow him.

The bells that called the faithful to prayer started ringing... bong... bong... As our man was walking, he untied the laces on his cloak and took off his hat. Two peace-loving citizens—who probably came from either the quay, the road of the port or any other kind of nice stroll—walked pass him and were also bareheaded. More and more couples of strangers went pass; two priests, two canons, or a canon and a priest together, and then a judge and a nobody, followed by a lady with her little brother and a grandmother towed by her grandson... People continued to go pass like the marine birds of Don Ramón Campoamor. However, the poor devil did not pay attention to any of these things; he did not care about the return of the strollers, nor did he glance at the car that came from either Tafira or the countryside and barrelled down the street with a loud whir similar to that of a threshing machine. He did not notice the cheerful groups of ladies that headed for the toilet followed by their respective maids, who carried a basket or monumental comb containing food and beauty preparations. Our poor fellow did not pay any attention to this; he could not care less about the picturesque behaviour inherent in the crepuscular physiognomy of these people. He continued to walk at a brisk pace but did not stumble. Where is he going? He is heading towards his cubbyhole. He faded into the dim light and disappeared behind a wall (the literal words in every first chapter of every novel by Fernández y González). We should be prudent and refrain from following him. We should stand on the threshold and avoid the desecration of that holy dwelling. But what is happening in there? The cloak might have given birth to the body of the prototype, the hat will probably end up in someone else’s hands, and the handkerchief might have been wrapped around his face over forty-eight times. He would gradually throw these accessories into the sea and would keep the type of clothing as inherent and complementary as his skin. Once he finished arranging his clothes, he would take a whip, bare his back and flagellate himself while keeping the tempo and the technique from the occiput to the coccyx. The paternosters and Ave Marias set the rhythm of the lashes; these prayers have always been correlated to this spiritual ceremony. Afterwards, he went to sleep, but the next morning... One morning, the locals realized that the door of the cubbyhole had not been opened; the scarecrow had not come out yet. They knocked the door but there was no reply. No blows in the chest or any flogging could be heard. They finally swung the door open and (what a disastrous and tragic scene!) found the scarf, the hat, the cloak, the shoes, and among all of these clothes... they found nothing. He had flown to the regions of eternal bliss thanks to a supreme puff. This man had a natural affinity with the air. As Lamennais says, some people end up jumping into the sea because of their close affinity with it, hence suicides and fear of heights. This prototype had an affinity with the air and finally vanished. It should not sound improbable; he was the embodiment of a bellows.

The cathedral is an amputee; that is the right word, 'amputee'. One of its parts, or limbs —or ornaments if you will— has been amputated. But it was a fundamental and characteristic ornament. Would not the Cathedral of Burgos be an amputee without the *papamoscas* clock? Would not the sculpture of Mercury be an amputee without the caduceus? However, although the building now lacks this picturesque element, more has been lost with regard to music. The cathedral has lost its sonorous kettledrum. The natural murmur of temples is missing; the sound emitted by a devout crouched over a column or by a semi saint or semi lunatic sculpted on a plinth. Every temple has its own sound; the eternal string that constantly vibrates the same litany, the everlasting teardrops that always fall on the same slab (if you will forgive the picture), the harsh sound of the shoe of a crippled foot that drags itself towards the same direction. The cathedral has lost its murmur. That tuning fork wearing a cloak got tired of inhabiting the world. That tireless bellows aspired to reach the sky and vanished.

At night (this story cannot end without a graphic, terrifying epilogue), when (how to put it...) when the owls (yes, that's right) appear with their sinister flight (perfect) from among the tombs, when there is total silence in the cathedral, which at this point is shrouded in shadows, you can clearly see (the sacristan has told me this) a ghost wandering around the chapels. It kneels and whispers a prayer, a psalmody, and a requiem (how scary!). Once it has visited each corner of the cathedral, it climbs up into the choir, grasps the lever of the organ and moves it eagerly, impetuously, and enthusiastically. Thousands of different sounds emerge from the bulky piece of wood that is brought to life by this spectre. But do not be puzzled, dear friends, for these are sounds that cannot be heard. They are ghosts of sounds; celestial music with which I have written this article that is, in fact, the spectre of an article.

GENTILEZA

Este libro electrónico ha sido producido con la gentileza de:



canarias sp
eBook Cam
112

EDICIÓN ESPECIAL I CENTENARIO GALDOSIANO